

CHEFINITA



**CUENTOS FANTÁSTICOS
Y OTROS NO TANTO**

A mi madre

Acababa de despedir a su vecina y volvió a sentarse en la mecedora que su hermano le regaló para el día de su cumpleaños. No recordaba exactamente cuánto tiempo hacía desde que él, el más joven de los cuatro hermanos, se había presentado en su casa con la graciosa mecedora. Debía hacer muchos años, porque a Chefinita le gustaba perderse en el tiempo. Era como un juego para ella. Cuando se sentía sola se sumergía en sus recuerdos y jugaba con momentos de su vida pasada como si se narrara historias nuevas. Adornaba la realidad con vivencias inventadas y transformaba lo feo en hermoso. Algunas veces en las que la tristeza se apoderaba de ella, cambiaba tanto sus recuerdos que confundía lo real con lo no vivido, y ese pequeño baile de secuencias transformaba su monótona vida

en algo extraordinario. Algo fantástico y maravilloso que era digno de escribirse en un libro o de hacer un guión para una película.

Pero aquella tarde, Chefinita no estaba preparada para contarse historias. Aquella tarde, tan cercana al verano, se sentía verdaderamente triste. Un fuerte catarro la había mantenido en cama durante varios días y ella, demasiado orgullosa para pedir ayuda, no se lo había dicho a nadie para no molestar. Esa misma mañana, mientras se preparaba su famosa infusión y la mezcla de ungüentos para hacer los vahos que la librarían de pillar la bronquitis, su vecina Pilar la llamó desde la ventana del patio de vecinos. Chefinita, refunfuñó en voz baja, lo que menos necesitaba en ese momento era volver a escuchar las tristes historias de su vecina.

— ¡Chefinita, no te escondas mujer!, ya sé que no estás bien. Me lo ha dicho Vicente porque hace un par de días que no has bajado a recoger tu pan.

La viejita separó la cortina y le ordenó a sus labios dibujar una leve sonrisa.

— No es nada, es un simple catarro, voy a hacer unos vahos y mañana estaré como nueva.

— ¿Necesitas ayuda? ¿Voy a comprarte el pan?

— Ni hablar, gracias de todos modos, tengo el congelador lleno. Siempre he sido moderna, ya me conoces. Perdona, te tengo que dejar que ya me hierve el agua.

Pero antes de que sus manos corriesen de nuevo las cortinas para aislarse del mundo, Pilar le contestó:

— Vale bonita, esta tarde hacia las cinco te pasaré un bizcocho y, si quieres, también llevaré el café descafeinado.

¡Vaya por Dios!, lo que me faltaba, dijo para sí Chefinita mientras respondía con un tembloroso “de acuerdo” adornado por un agudo “gallo” debido a su catarro.

Mientras respiraba el aromático vapor de su cazuela bajo el paño blanco que le cubría la

cabeza, pensó que era muy poco sociable. Pilar le daba pena y de vez en cuando tomaban café juntas mientras la vecina le contaba sus desdichas. Siempre las mismas, la soledad y la falta de cariño en su vida, pero aquel día en particular la viejita no estaba preparada para soportar las desgracias ajenas. “Con las mías ya tengo bastante, “ pensó. Intentó alejar a Pilar de sus pensamientos y se concentró de nuevo en su tarea. El vapor parecía penetrar en todos los poros de su cara, en su garganta y en sus viejos pulmones. Su respiración lenta y acompasada la fue tranquilizando y su imaginación empezó a jugar con ella. Chefinita ya no tenía cuerpo, más bien sentía que su cuerpo no pesaba y que empezaba a flotar por el techo de la pequeña habitación. Tenía los ojos cerrados pero lo veía todo con una luz blanquísima, era como algo sobrenatural. Un ruido atronador hizo temblar la silla, la casa, la pequeña cazuela y el frágil cuerpo de la anciana. Descorrió las cortinas floreadas y subió por los pisos del patio hasta alcanzar los tendederos del techo de la casa. Y justo en ese momento, abrió los ojos y se vio

tendida sobre la arena de la playa y cubierta por el sudor salado del cuerpo de la joven que fue. Miró a su alrededor y no vio a nadie solo la arena blanca y el mar tranquilo, silencioso, como si las pequeñas olas estuvieran cubiertas de algodón blanco para sofocar su sonido. Millones de gotitas brillantes resbalaban por la piel de su rostro y al limpiarlas con la toalla blanca, se dio cuenta de que ésta resbalaba como si estuviera acariciando la tersa superficie de una porcelana. Chefinita estaba tan fascinada por la extraña situación que ni siquiera se atrevía a sentir miedo, todo tendría alguna explicación lógica, se decía a sí misma. Se había levantado y paseaba por la misteriosa y desconocida playa cuando, otro rugido aterrador la hizo tambalearse. Esta vez se dio cuenta de golpe de que algo vibraba en su interior, tenía corazón, estaba viva pero, ¿dónde estaba? Miró sus manos y, mientras lo hacía sintió un calor enorme que inundaba su vientre, sus muslos, sus piernas y sus pies. Ardía sin fuego, se quemaba sin llamas y sus pies chapoteaban en un líquido ardiente. Y entonces sucedió... La masa frágil que ocupaba su cuerpo

tomó forma de nuevo, y un peso abrumador la aplastó contra el suelo y volvió a escuchar el sonido del trueno, y después el brillo del relámpago y el tenue reflejo del rojo de la sangre sobre el azulado suelo de la pequeña estancia.

Unas horas más tarde, sintió el dolor del rostro y de la mano y del cuello. Miró la blanquecina luz de la ventana y un chirrido agudo la reclamó desde la entrada. Casi enseguida escuchó la voz de Pilar que le gritaba:

— ¡Soy yo, Chefinita, abre la puerta que traigo la merienda!...

La siguiente imagen que su memoria pudo retener con total seguridad, fue la de dos ancianas sentadas ante una mesita redonda vestida con un bello mantel bordado a mano y antiguo como ellas. En el centro, un bizcocho dorado, y dos tazas de café con sus platitos y cucharillas plateadas. Chefinita le sonreía a su amiga mien-

tras su mano izquierda palpaba suavemente la tirita que adornaba su frente.

— ¿Vas a decirme qué ha pasado, Chefinita? Le preguntó Pilar. La anciana sonreía mientras, con su otra mano comenzó a servir el café.

— Nada mujer. Vamos a probar tu bizcocho, que tiene buen aspecto. Y amplió su sonrisa.

— Te has caído, ¿verdad?

— Mi querida Pilar, como decía mi pobre madre ‘que Dios tenga en su Gloria’: “Si quieres ser feliz, como me dices, no analices”. Así que vamos a disfrutar de esta exquisita merienda y seamos felices...

Madrid, enero de 2013